

Crianza de los hijos y actividad laboral: ¿Cómo aproximarnos hacia la necesaria conciliación? (I Parte)

JORGE L. TIZÓN*

RESUMEN

Muchas de las intervenciones que desde las instituciones públicas se han realizado en las últimas décadas sobre de la conciliación entre vida familiar y vida social, han tenido poco en cuenta los datos psicológicos disponibles, al menos los procedentes de la psicología del desarrollo. Frecuentemente, esas intervenciones han estado orientadas por presupuestos ideológicos, no verificables ni contrastables, cuando no corporativos, a menudo poco coincidentes con los nuevos descubrimientos científicos. En la primera parte de este trabajo se proponen una serie de argumentos sociales y psicosociales a favor y en contra de la escolarización temprana, así como algunas de las propuestas y prácticas internacionales en este ámbito. PALABRAS CLAVE: conciliación, trabajo de los padres, separación temprana, maternidad, ideología.

ABSTRACT

PARENTING AND WORK: HOW TO APPROACH A NECESSARY RECONCILIATION? PSYCHOSOCIAL REFLECTIONS (PART 1). Many of the interventions made by public institutions in recent decades concerning the balancing of family and social life have paid scant attention to the psychological data available, at least from the field of developmental psychology. When data has been considered, it has often been so only partially. Interventions have frequently been guided by ideological beliefs, not verifiable or testable, if not corporate, and poorly matched with new scientific discoveries. The first part of this paper presents a series of social and psychological arguments for and against early schooling. Several international proposals and practices in this ambit are reviewed. KEY WORDS: conciliation, conciliation between work and family work job, working mothers, working parents, early separations, maternity leave, paternity leave, ideology.

RESUM

CRIANÇA DELS FILLS I ACTIVITAT LABORAL: COM APROXIMAR-NOS CAP A LA NECESSÀRIA CONCILIACIÓ? (I PART). Moltes de les intervencions que des de les institucions públiques s'han realitzat en les últimes dècades sobre la conciliació entre vida familiar i vida social, han tingut poc en compte les dades psicològiques disponibles, almenys les procedents de la psicologia del desenvolupament. Freqüentment, aquestes intervencions han estat motivades per pressupostos ideològics, no verificables ni contrastables, i de vegades no corporatius, sovint poc coincidents amb els nous descobriments científics. En la primera part d'aquest article es proposen un seguit d'arguments socials i psicosocials a favor i en contra de l'escolarització primerenca, així com algunes de les propostes i pràctiques internacionals en aquest àmbit. PARAULES CLAU: conciliació, treball dels pares, separació primerenca, maternitat, ideologia.

Por una psicología y una política del cuidado personalizado de los bebés y los niños

Con timidez y reservas, algunos medios de comunicación se han atrevido a difundir un amplio movimiento,

puesto en marcha en España y Sudamérica por profesionales de la asistencia psicológica, médica y de servicios sociales, así como por investigadores y profesores universitarios y de los servicios pedagógicos comunitarios, solicitando la ampliación de las libranzas laborales

Recibido: 19-01-2011 – Aceptado: 15-02-2011

**Psiquiatra, Neurólogo, Psicoanalista (SEP-IPA). Equipo de Prevención en Salud Mental - EAPPP (Equip d'Atenció Precoç als Pacients amb risc de Psicosi), Institut Català de la Salut y Universitat Ramon Llull. Barcelona.*

Correspondencia: eappp.bcn.ics@gencat.cat

por maternidad y paternidad(1). A nuestro entender, al menos en los países “desarrollados”, deberíamos realizar una amplia reflexión sobre el tema que podría llevar, tras las necesarias discusiones y hasta polémicas, a un giro importante en un apartado de las políticas sociales tan fundamental como es el de la atención social a la infancia. Un giro que, desgraciadamente, en estos momentos, ante la creciente medicalización y psicofarmacologización de la infancia del primer mundo, y el ante el hambre, la enfermedad y la muerte generalizadas de la infancia del tercer y cuarto mundos, muchos pensamos que se ha hecho esperar demasiado.

Como recuerda el manifiesto a favor de la ampliación de la libranza por maternidad/paternidad, si los jóvenes adultos actuales de, por ejemplo, Cataluña, sólo van a poder tener 1,3-1,4 hijos a lo largo de su vida, qué menos que dedicar como poco 24-36 meses a cuidarlos, atender a sus emociones, a su desarrollo, a su crianza. No hay datos ni argumentos en contra: a *nivel psicológico*, salvo excepciones, no hay mejor cuidador temprano que la propia madre que, además, ha sido preparada por la naturaleza durante nueve meses a nivel biológico, psicológico y social para serlo.

No hay argumentos científicamente fundamentados en contra de lo que el manifiesto defiende. Lo que sí que se dan son numerosos argumentos ideológicos —sobre la “socialización de los niños” y demás, o sobre las repercusiones sobre el “feminismo y la liberación de la mujer”—; argumentos políticos —“no es el momento”, “ningún partido lo apoyará”, “ahora, con la crisis”, etc.—; o argumentos corporativos —“haría aumentar el paro”.

Gran parte de esas disquisiciones disminuiría si, simplemente, pudiera observarse qué pasa durante días, semanas y meses con los bebés que entran en una institución o, incluso en una “institucionalización temprana” por horas. Y qué pasa con sus padres (Torras, 2010). No habría mucho que discutir si parte de los que discuten pudieran soportar tan sólo una hora al día de observación en un patio de guardería durante el mes de septiembre o una observación sistemática de bebés de una hora por semana en un centro residencial para bebés y niños pequeños (Tizón et al. 2009, 2010). Pero, por complejas resistencias, tanto personales como sociales, no es eso lo que harán los autores de los supuestos estudios, planificaciones y normativas sobre el tema. Lo que puede llevar, como está llevando, a la confusión con respecto a los mejores cuidados para

los seres humanos en esos años. Así, en vez de considerarlos fundamentales para el desarrollo emocional y relacional, para la crianza, el desarrollo, y la integración subjetivas, se ha pasado a considerarlos a menudo como años de “educación”, “estimulación” e instrucción tempranas y programadas. El problema, es que esos años, los tres o cuatro primeros años, son claves para que, a partir del magma psicosomático primitivo, se estructuren y desarrollen las primeras reacciones emocionales interpersonales, a través de las emociones para las cuales venimos genéticamente pre-programados. Esas emociones y su base neurohumoral, además, se desarrollan y maduran en el seno de la dinámica familiar y microgrupal, dominada en esos momentos por lo que en un trabajo anterior hemos llamado las “funciones psicosociales de la familia” (Tabla 1; Tizón, 2004, 2010). Una situación especialmente importante y delicada para el desarrollo del bebé humano, del ser humano y, por ende, de la sociedad humana.

Por eso en este trabajo, fruto de la recopilación de datos de muchos de los firmantes del manifiesto, de las discusiones del grupo promotor y de las búsquedas bibliográficas en bancos de datos nacionales e internacionales, voy a intentar una especie de sistematización de las ventajas e inconvenientes de las dos tendencias actualmente en contraposición en la crianza de los niños: Aumentar la institucionalización, la profesionalización, su cuidado a través de servicios sociales y profesionales, o bien disminuirlas, *desprofesionalizar*, dar más autonomía apoyada a los núcleos vivenciales de la población también en este campo (y, en concreto, a las familias). Entiéndanse pues las líneas que siguen como una especie de “argumentario” para la reflexión y la discusión sobre el tema. Un argumentario que hoy me parece aún excesivamente inmaduro y falto de coherencia, pero que espero que los lectores y críticos puedan ir completando poco a poco. Por eso lo ofrezco en su versión actual, consciente que perfeccionarlo como me gustaría nos llevaría meses de trabajo a todos.

En ese sentido, tanto en este trabajo como en charlas y conferencias, he intentado sistematizar los argumentos en tres apartados principales. Así, hablaremos de argumentos psicológicos, biológicos y sociológicos, a los que les suelo añadir un anexo psicopedagógico (un tema que, evidentemente, domino aún menos), y otro apartado sobre ética, normativa y valores sociales. En cada uno de esos apartados, trataré de mencionar algunas de las ventajas e inconvenientes de profundizar en

las líneas de crianza hoy en disputa: una, como digo, tiende a profesionalizar-institucionalizar más a los bebés y a los niños pequeños. La otra, trata de devolver un papel renovado para la crianza a los padres y cuidadores naturales y a los núcleos vivenciales de la población, pero utilizando sistemas, métodos y tecnologías más variadas, abiertas, adaptadas a las necesidades de la familia y el bebé, en vez de uniformizadoras e institucionalizadoras. Introduzcámonos pues en esas discusiones.

Haremos, primero, un breve repaso de cada uno de los grupos desde las dos perspectivas, la más “institucionalizadora” y la más “familiar” o “familiarista”. En los comentarios, tendremos en cuenta sobre todo los aspectos para los cuales existen datos científicos, e intentaremos evitar las comparaciones con sistemas y medios *excelentes*, o, en el lado contrario, excesivamente alterados. Intentaremos pensar en cada opción en las posibilidades de cuidados con un nivel de calidad medio, tanto para los cuidados institucionales como para los familiares. A mi entender, los casos fuera de la media exigen una observación particularizada y orientaciones y soluciones también particularizadas y adaptadas (Tizón, 2004, 2007).

Ámbito sociológico

Desde el punto de vista sociológico, no hay que olvidar que las guarderías nacen con la creciente incorporación al trabajo de la mujer en el mundo capitalista (Clarke-Stewart, 1982; Bel, 1998; Villaverde, 2010). No entraremos a fondo en el tema, por otra parte bastante conocido y accesible, de la historia de las guarderías (Casado, 2009). Sin embargo, queremos recordar que el desarrollo de las guarderías y los cuidados institucionalizados de los bebés y los niños pequeños recibió su máximo impulso durante el último período del siglo XX, cuando las posibilidades de planificación de la familia se habían desarrollado ya, quedando al alcance de amplios grupos de mujeres y de hombres (Bel 1998; Casado, 2009a y b).

En ese sentido, los cambios sociales en la familia parecería que deberían hacerse congruentes con los cambios sociales de la infancia. En realidad, éstos últimos han ido en la dirección de la institucionalización, la cual culmina con la adopción reivindicativa del eslogan “Guarderías para todos”. Un eslogan que, ciertamente, se apoya en una necesidad social de una parte de las

mujeres, las madres trabajadoras, que no pueden pagar cuidados a domicilio de sus hijos. El eslogan, por tanto, implica “guarderías para los que las necesitan”, una parte de la ideología socialista y, en general, solidaria. Pero también, subrepticamente, implica un apoyo y desarrollo, en otro campo nuevo, de la ideología institucionalizadora, tendente a una mayor “socialización” o “uniformación” de los seres humanos, comenzando ya por la infancia. Los cambios demográficos y en el mercado de trabajo parecen favorecer esa orientación, así como los cambios socioculturales y religiosos que han afectado a la familia en los dos últimos siglos (Tabla 2, tomada de Tizón 2004 y 2010, derivada de Nogués 1995; Iglesias, 2010): menos hijos, más divorcios y separaciones, más familias monoparentales, nuevas y “reconstituidas”, etc. La entrada masiva de la mujer en el mercado de trabajo (en España, en apenas tres décadas, la ocupación fuera del hogar de las mujeres de 25 a 49 años ha pasado del 36 al 63%) y el cambio de opinión con respecto al valor de la “escolarización temprana” han ido parejos. Por ejemplo, la inmensa mayoría de los españoles considera hoy “necesario” que los niños de tres a seis años asistan a la escuela o guardería, y un alto porcentaje, el 71%, ya cree necesario que lo hagan los niños de uno y dos años, aunque en este grupo predominen los que lo consideren necesario “en algunos casos”. Pero esas consideraciones están en buena medida dictadas por las presiones laborales, por una no adecuada conciliación de vida laboral y vida familiar, asunto que ya ha sido estudiado también, incluso entre nosotros (Marí-Klose et al. 2010).

La “crisis del sistema” de 2008 (y quién sabe hasta cuándo), también parece favorecer las tendencias “institucionalizadoras de la infancia” (Ver Tabla 2) El puesto de trabajo se convierte en un bien preciado, por el que hay que sacrificar todo, sobre todo para la mujer que lo tiene. Los estudios sociológicos confirman que hoy, y más en nuestro país, la maternidad es un riesgo para conservar el empleo (Marí-Klose et al, 2010). Ahora bien, basta echar una mirada a los trabajos y el escalafón laboral que hoy ocupan las mujeres, y en especial las mujeres jóvenes y las mujeres inmigradas, las que tienen o podrían tener más hijos, para replantearse ese tema: ¿para la mujer joven deben ser un bien preciado los trabajos “basura” y contratos “basura” que se les ofrecen? Estoy pensando en las más fértiles de ellas, las inmigrantes, las que han hecho que el número de hijos pase en Cataluña de menos de uno por mujer

en edad fértil a 1,4 en estos años (Generalitat de Catalunya, 2009). Al contrario: la crisis del sistema, la extensión del paro, la disminución de nuestro “estado de medioestar”, hacen urgente buscar otros sistemas más rentables a nivel social, así como más económicos. Los cambios demográficos, también: ya que habrá que cuidar ente 0,8 y 1,4 hijos en toda la vida, ¿no vale la pena hacerlo bien? Y ¿no sería ese un buen argumento para volver a adelantar la edad a la que tener los hijos aunque eso retrase uno o dos años la entrada en el mercado de trabajo o los ascensos laborales de padres y madres? Eso es lo que nos apuntarían los conocimientos sobre psicología y psicopatología del desarrollo. Mucho más si tenemos en cuenta dos datos sociológicos clave sobre el estado de la infancia en la España actual: a pesar de muchos indicadores positivos y que mejoran, las tasas de pobreza infantil son más altas que en la mayor parte de la Unión Europea (EU). Por ejemplo, en los indicadores de los resultados de la instrucción (Marí-Klose et al., 2010).

Es verdad que, hoy por hoy, el cuidado de los niños, y más de los bebés, siguen llevándolo fundamentalmente las mujeres (Casado 2008; Gaitán 2009; Laparra 2010; López et al. 2010). Con gran pobreza de medios, protección y ayudas sociales, además (Casado 2010; Iglesias, 2010; Martín, 2010). Y no sólo en nuestro país, sino en otros muchos de la EU (Montero, 2010). Correlativamente, hay quien argumenta que más dedicación a los hijos en la primera infancia podría ir en contra de las necesidades de la “liberación de la mujer”. Pero cuando decimos eso, estamos diciéndolo de un pequeño grupo de mujeres en un pequeño grupo de países desarrollados, aunque haya dado lugar a la justificación ideológica de las políticas de familia adoptadas por ejemplo en Alemania, implantadas por gobiernos socialdemócratas pero luego continuadas por los derechistas y librecambistas posteriores, en curiosa continuidad con los anteriores, han decidido seguir adelante con lo que Montero (2010) llama los “modelos sociales desfamiliarizados”. Algo bien contrario a lo que ya hace decenios vienen haciendo los países escandinavos, que están realizando la transición desde un modelo familiar tradicional, pasando por una tendencia “desfamiliarizadora” hacia nuevas formas de “re-familiarización”. El problema adicional es que la “solución des-familiarizadora” se aporte como “solución globalizada” para el resto de las mujeres (y familias) del planeta. Eso, en realidad, poco tendría que ver con la mujer y la liberación de la mujer

(Bel, 1998). En realidad, parece que se trata de que la mujer renuncie a una de las principales gratificaciones y placeres de la vida en nombre de la adaptación de las *necesidades de la mujer y la familia a las necesidades de mantenimiento del sistema capitalista*, un sistema hoy dominado por la economía especulativa (Ramonet, 2002; Navarro, 2009).

En ese sentido, los cambios sociales en la familia (familias partidas, monoparentales, en mosaico, adopciones, etc.) y los cambios demográficos (menos hijos, madres mayores, población más rejuvenecida/envejecida, etc., Nogués 1995; Iglesias, 2010; Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales 2006; UNICEF, 2009, 2010) podrían ser argumentos claros a favor de poder disfrutar ¡al menos 0,8 veces en la vida! de los hijos; para poderlos acompañar en su desarrollo, en sus alegrías y en sus sufrimientos.

Hay que recordar aquí que, por primera vez en la historia de la humanidad, *no es obligatorio tener hijos*. En los países “desarrollados” ya no nos son impuestos por la biología, ni por la sociedad, ni por las normas sociales, ni por las normas morales y éticas. Se tata hoy, salvo excepciones, de una decisión, y como tal habría que seguirla difundiendo: como una decisión libre y voluntaria que implica una serie de deberes —y más en el caso en el cual el *producto* de la decisión es otro ser humano—. Tal vez deberíamos extender más esa idea básica para hombres y mujeres de nuestro tiempo: no hay obligación de tener hijos, pero si se tienen, los tres o cuatro primeros años de su vida han de ser el objeto de cuidados principal para los padres. Más adelante, estaremos obligados a tenerlos muy en cuenta durante veinte años más, incluso dentro del núcleo familiar, según nos dicen los estudios demográficos y sociales (Nogués, 1995; Soctt et al. 2001; Casado, 2010; Torras-Lungwitz 2010). Es decir, los hijos se pueden tener por placer, pero no sólo de engendrarlos. Criarlos es también un placer, y uno de los más grandes de los placeres humanos —un placer, que, además, renueva y desarrolla neurológica y psicológicamente a los adultos como ningún otro (Schore, 2003)—. Pero, como todo ejercicio de las libertades, cada decisión libre impone limitaciones y cambios en nuestras perspectivas vitales. Como es bien sabido, tener hijos supone hoy una auténtica transición psicosocial en los seres humanos que los reciben (PAPP 2003, 2007; Tizón, Buitrago et al. 2003).

Con la ventaja indudable (para mujeres y hombres, no sólo para las mujeres), de que en muchos países del

globo hoy ambos progenitores saben que son *ambos* los que pueden y deben cuidar a los hijos, incluso a los bebés. No de la misma forma y en los mismos aspectos, tal vez, pero sí con parecida intensidad, valor y dedicación (Green, 2003; Tizón y Fuster, 2005; Alexander, 2009; UNICEF, 2010). Esa realidad, que podría y debería fomentarse mucho más, en especial en los países en vías de desarrollo, trae beneficios no sólo para la mujer, sino para hombres y mujeres. Entre otras cosas porque acerca, ya desde una situación tan primigenia como el cuidado de los hijos, la necesaria democratización de las costumbres sociales en nuestro planeta, un campo en el que existen numerosos atrasos y desigualdades –y no solo en el campo de la crianza, desde luego—. Una crianza democrática, una crianza para la democracia, debería incluir una mayor equidad en el reparto de papeles en ella. Y tal vez no es tan difícil como pueda pensarse, al menos en los países del norte del planeta: el papel del padre está cambiando; el papel que los padres quieren tener en la familia está cambiando. También los padres desean cada vez más “enterarse” de qué es tener un hijo (Tizón y Fuster, 2005; Fuster, 2006). Sólo en tres años, desde que se aprobó en España el mísero período de paternidad de quince días en la Ley de Igualdad (marzo de 2007), la proporción de padres que se acoge a la ley es ya del 58% en 2010 (Marí-Klose et al., 2010). Hoy, ambos progenitores desean participar más, lo cual no puede sino redundar en beneficios para los seres humanos y sus sociedades, en el sentido de favorecer un desarrollo más igualitario y democrático.

A diferencia de los años siguientes a la revuelta democratizadora del 1968, que cambió de arriba a abajo muchos de los usos y costumbres cotidianos de nuestras sociedades, ahora ya prácticamente nadie defiende la necesidad de “acabar con la familia opresiva”. El peligro es que los hijos pasen a ser los opresivos, en la fantasía colectiva o en la realidad (Garrido, 2009). Y mal puede oprimir alguien que, si no queremos, ni nace. Pero las fantasías persecutorias ya han llegado a difundir esa idea, apoyándose para ello en los fracasos en la educación de niños y jóvenes, mucho más frecuentes que lo que debiera ser. A menudo, esos fracasos se atribuyen a exceso de cuidados y atenciones, pero habríamos de corregir esa idea añadiéndoles el calificativo de atenciones “inadecuadas, o simbióticas”, o “sobreimplicadas”, o “inconsistentes-subimplicadas”, o “discontinuas” (National Center, 1998). Ahora bien, a menudo las cosas no se ven así porque las fantasías persecutorias

dominan también en este campo la capacidad de pensar, y han dado lugar a esa tríada de “nuevas persecuciones o temores” que está incidiendo en nuestra coyuntura sociocultural actual: *el temor de los padres a los hijos, de los maestros a los discípulos y de los políticos a los ciudadanos*. Se trata de temores en parte realistas y en parte irreales, pero, en términos generales, bien asentados en inconsistencias e incoherencias previas del cuidante no suficientemente enfrentadas (o enfrentadas sin suficiente integridad emocional o moral).

Ahora el argumento del “peligro de atacar a la familia”, que valía para coartar la educación de los niños de las clases oprimidas, la educación de las niñas, el sufragismo, el divorcio, el feminismo, ha acampado en un terreno mucho más primitivo: el aborto. De esa forma, defender la familia o, al menos, sus funciones psicológicas, se considera casi una ideología de derechas. De ahí que, a menudo, se tengan tan poco en cuenta sistemas sociales y comunitarios de ayuda a las madres y niños en riesgo. Aunque se trate de sistemas ya puestos en práctica e incluso estudiados en sus repercusiones psicológicas, económicas y sociales durante el siglo pasado (cfr. un documentado resumen en Meissels y Shonkoff, 1990; o en Mental Health Europe, 2000; Jané-Llopis, 2004, 2005): Por ejemplo, las visitas a domicilio supervisadas y organizadas de enfermeras, trabajadoras sociales, visitadoras familiares especializadas, etc. en el caso de niños y madres en riesgo psicosocial. A menudo, en nuestras sociedades, observamos cómo esas medidas, eficaces y eficientes además de poco profesionalizadoras, son substituidas por años de espera y devaneos de los servicios comunitarios hasta que el desarrollo de los niños se muestra gravemente alterado y, entonces, son casi imprescindibles las instituciones y la medicalización del problema (USDHHS, 1999; Knapp et al. 2002; Sourander, 2004; Steinhausen, 1998; Tizón, 2007). Una medicalización que, a menudo, resulta abusiva en los países del “primer mundo” mediante el uso de psicofármacos administrados al por mayor sin un fundamento claro o incluso en contra de las recomendaciones de las agencias sanitarias (Ghodse, 1999; WHO-OMS, 2003, 2004, 2005; Tizón, 2007; Kandel, 1999; Schore, 2003; Pundik, 2009).

Pero cada vez que se da uno de esos casos de grave desorganización psicosocial en la crianza de los niños, se oyen voces que claman por una mayor profesionalización de los cuidados en la infancia. Y es cierto, que, como sabemos los clínicos, a menudo, para familias

con grandes déficit emocionales, es mejor que los niños acudan a guarderías y similares. Allí tienen asegurada al menos una regularidad psicosomática. Pero para ello, esas instituciones han de estar bien dotadas de personal –y de personal bien formado y emocionalmente activo–. Sin embargo, no hay razones para la extrapolación generalizadora de que de la mejor forma de criar a los niños es procurarles cuidadores preparados, técnica y científicamente informados, en vez de esas madres trabajadoras de clase baja o incultas “tantas veces ignorantes, descuidadas, amorales”. Entre nosotros, por ejemplo, Eulàlia Torras (2010) acaba de recoger vivas muestras de la permanencia y pregnancia de dichas opiniones y actitudes. Ahí en el fondo subyace una de las versiones más primitivas de la ideología profesionalizadora, tan desarrollada en nuestras sociedades del primer mundo; es decir, a lo largo de la vida y de los diversos avatares vitales ¿la mejor forma de cuidar y cuidarnos en nuestra vida cotidiana es dejarnos en manos de “técnicos y (supuestos) profesionales”?

A mi entender, de ahí procede una de las causas de la crisis de muchos servicios de las sociedades “tecnológicas” actuales; por ejemplo, de sus servicios sanitarios y educativos. Hoy sabemos de los gravísimos problemas que, para los individuos y para la sociedad toda, ha traído la medicalización, que desde que fuera denunciada por Illich (1975) hasta nuestros días, no ha hecho sino aumentar (Márquez y Meneu, 2003; Tizón, 2004), hasta llevar a la asistencia sanitaria pública al borde del colapso en algunos países. Y con el problema agravado y añadido del desgaste profesional y el *burn-out* de este personal. ¿Técnicos privados o técnicos funcionarios? ¿Qué escogen ustedes para que les cuiden cuando sean viejos?

El argumento fundamental que, a nivel psicosocial y social, suele aducirse en estos momentos, es que las guarderías y “escuelas de infancia” *socializan a los individuos*. Se trata de un aserto fundamental desde esa perspectiva, un argumento que avalan ciertos resultados en el cumplimiento del orden, las normas, la disciplina, los juegos en común, la relación con pares e incluso algunos resultados escolares tempranos. Pero es un argumento que posee dos puntos débiles fundamentales: el primero, si esa supuesta “socialización temprana” existe, puede existir y es beneficioso que exista, asunto al que no puede responder sólo la sociología, la psicología del desarrollo y la psicología cognitiva deberían tener ahí un papel fundamental (y, como luego veremos, sus

datos y aportaciones no van en el sentido de una supuesta excelencia de la “socialización temprana”). El segundo problema está en su mero enunciado o definición: la institucionalización temprana de los niños “socializa tempranamente”. Según lo que se entienda por *socialización*, claro. ¿Vivir y hacer las cosas en grupo tan sólo? ¿Ser obediente siguiendo órdenes y normas? ¿Contribuir desde la diversidad democrática a la construcción de identidades personales y sociales más adaptadas, por mucho que sean más complejas? Si no fuera por lo ideológicamente controvertido del tema, los estudios realizados sobre los niños criados en los kibbutz, estudios frecuentes en los años 60 y 70 (Fox 1977; Bettelheim 2000; Gavron 2001; Scharf, 2001; Scher et al. 1998) podrían haber aclarado el asunto, como los anteriormente realizados en la Cuba postrevolucionaria, que, por lo que he podido investigar, se han perdido.

Es difícil orientarse entre tantas “evidencias” tan contradictorias, pero creo que un buen resumen es el que viene a decir que los niños criados en esa situación de “guardería temprana” parecían ser más socializables, cumplir mejor las normas, adaptarse mejor a la vida colectiva y a la instrucción. Empero, en situaciones de estrés, angustia, desorganización, separación y/o de anomia, tendían a desorganizarse o a responder inadecuadamente con más frecuencia. Algo que, por cierto, las investigaciones sobre el apego infantil y adulto ya estaban resolviendo en los mismos años, aunque las controversias ideológicas hicieran que ambos tipos de investigaciones en pocos momentos fueran convergentes (Emde, 1994, 1999; Green, 2006).

Otro argumento sociológico, o socio-político, afirma que alargar la libranza de maternidad-paternidad por cuenta de los poderes públicos significa un gasto insostenible para los estados modernos y, en especial, en este período de crisis. Pero, para afirmar eso, tendríamos que realizar investigaciones serias al respecto, e investigaciones que incluyeran todo tipo de costes (Torras-Lungwitz, 2011): problemas laborales y profesionales para las mujeres y los cuidadores que tienen hijos pequeños y se ven obligados a “trampear” durante años, por ejemplo cada vez que el niño se pone enfermo; aumento de los costes por enfermedad en los niños; aumento de la frecuentación y gastos en pediatría, etc. (NICH, 2003; Del Castillo et al. 2009; Torras, 2010). En esa dirección parece que iban los estudios cubanos de los años sesenta, que no he podido recuperar. En todo caso, a quien corresponde demostrar que algo

no resulta válido, eficaz y eficiente, es a quien intenta cambiarlo. Y aquí se trata de cambiar nada más y nada menos que el sistema de cuidados de todos los niños por uno nuevo. Esa postura debería poder mostrar algo incuestionable que la avale a nivel económico, social, psicológico, y no parece que sea así. ¿O es que alguien cree que con los medios del *estado de medioestor* al que habíamos llegado, y menos con los recortes actuales del mismo, que pueden llevarnos nuevamente a un *estado de malestar*, ¿es posible y eficiente pagar 5.500 euros/año por plaza de guardería en costes directos? Es lo que, al parecer, están costando las escuelas infantiles/guarderías públicas –que ni siquiera en este caso cumplen los requerimientos psicológicos básicos para un adecuado desarrollo de los niños, según los conocimientos de la psicología actual (Alexander, 2009).

Hagan ustedes una sencilla cuenta: con menos de tres plazas de guardería, una de cada tres madres podría tener un trabajo remunerado cuidando a tres niños y, entre ellos, al suyo. Parece que, como saben ya hace años los países nórdicos, el argumento de los costes, claramente va a favor de los cuidados personalizados (Casado, 2008; López et al. 2010; IS, 2005). Recordemos que, en ese sentido, en los países escandinavos existe la posibilidad de permisos o licencias maternales de año y medio a dos años con sueldo más o menos completo, y de tres o cuatro años con sueldos subvencionados y otras facilidades (Instituto Sueco, 2005; Melgarejo, 2008; Montero, 2010).

En realidad, sin darnos cuenta, en este terreno hemos caído en manos de una idea institucionalizadora, profesionalizadora y corporativista, que no socializadora y estimulante de la diversidad y la democracia social. Los trabajadores del sector y sus sindicatos no son ajenos a este movimiento, por el temor ante la pérdida de puestos de trabajo o situación social, como los médicos, y especialmente los psiquiatras y pediatras, no lo somos, por nuestra apuesta colectiva e irreflexiva por la medicalización (Illich, 1975; Márquez y Meneu, 2003; Tizón, 2004). Pero a nuestro entender, los temores del personal psicopedagógico de estos ámbitos son infundados. Desgraciadamente, instituciones para cuidar niños pequeños en riesgo psicosocial y social van a seguir siendo muy necesarias en el futuro. Y habrán de ser instituciones mucho mejor dotadas de personal, y con personal que ha de especializarse y formarse progresivamente para su difícil y, en este caso, absolutamente necesaria contribución al

desarrollo de las sociedades humanas. Por eso hay que diferenciar la ideología socializadora, socialdemócrata o *preventivista*, que intentaría proporcionar cuidados “para los más débiles, para los niños vulnerables o en riesgo”, con respecto a su deformación institucionalizadora y corporativista. Y ambas, de las normas y prácticas sociales a las cuales han dado lugar.

Es cierto que existe toda una línea de investigación, fundamental en los países nórdicos, que habla de cómo la relación con terceros, en un ambiente favorable, es necesaria para el desarrollo (Turpeinen, 2005). Pero, nuevamente, eso deberá ser probado y cotejado con los datos de la psicología del desarrollo. Desde luego, no hay datos que hablen a favor de ese aserto en niños de menos de un año. Por el contrario, sí existen datos acerca de cómo el sufrimiento de otros bebés y niños impacta incluso el sistema nervioso en formación, y no sólo la psicología del niño en desarrollo (Schore, 2003; Feder, 2009): Por ello, en todo caso, parece que esas aportaciones de los pares, de los coetáneos, han de ser importantes a partir de una edad de escolarización o institucionalización no temprana (y difícilmente antes de los dos-tres años de edad). Esa relación con los pares ha de ser cuidada en todo niño, pero eso no significa que haya de hacerse en instituciones con seis, ocho o quince bebés acumulados largas horas. ¿Por qué no con medios y sistemas tales como parques, ludotecas, “espacios familiares”, actividades vecinales y comunitarias, cuidados de los bebés y los niños en pequeños grupos a partir de abuelos o madres-padres auto-organizados, etc.?

Y aquí hemos nombrado otro argumento controvertido: el papel social de los abuelos. Existen ya numerosas investigaciones al respecto (por ejemplo, en López et al, 2010). Podríamos condensarlas como sigue: en realidad, los abuelos siguen jugando un papel muy relevante en la crianza de los hijos, incluso en los países tecnológicos, a pesar de lo que suele pensarse. Aunque en España, sorprendentemente, su papel es menor (probablemente por causa de las migraciones interiores masivas habidas como consecuencia de la guerra civil y el desarrollismo del siglo XX). Sin embargo, los abuelos españoles que se dedican a cuidar a sus nietos, lo hacen durante más horas que otros abuelos europeos (López et al. 2010). Y esas son meras comprobaciones sociológicas, porque del importante papel que en el desarrollo psicológico pueden poseer unos abuelos bien diferenciados de los padres

diremos algo en los apartados siguientes.

En definitiva, la mayor parte de las “fuerzas vivas” o dominantes en nuestras sociedades del primer mundo parecen apoyar la tendencia institucionalizadora, que corre el riesgo de extenderse y se está extendiendo hacia los países en vías de desarrollo. No creo que haya ninguna duda de que los medios de difusión de nuestros países son propiedad de los grupos dirigentes de nuestros estados. Una investigación adecuada sería pues la que mostrara cómo cuidan de sus hijos esos grupos dirigentes. Pero es una investigación más que innecesaria, pues todos los días podemos ver en esos mismos medios de difusión cómo dichas clases y grupos dirigentes, cuidan a sus hijos pequeños en sus propias casas, a cargo de cuidados mercenarios, pero a domicilio (a diferencia de lo que *sus* medios de difusión defienden para el resto de la población). ¿Han visto ustedes a muchos bebés hijos de banqueros o grandes empresarios asistiendo a las guarderías públicas de Barcelona, Madrid, Valencia, Sevilla, etc.? Y en sentido contrario, los grupos de mujeres con mayor fertilidad y fecundidad en nuestra sociedad, que son las de clase baja, las inmigrantes, las que padecen ellas mismas o sus parejas trastornos mentales graves (Tizón et al. 2006, 2009), esas (pocas) familias que suelen pasar de los dos hijos por familia, ¿tienen trabajos que les resulte interesante mantener por sí mismos, o preferirían cuidar adecuadamente a sus hijos, si son ayudadas a ello a nivel económico y, en ocasiones, a nivel social y psicológico? ¿O son mejores los trabajos y contratos “basura”?

Y cuando los dirigentes sindicales y gremiales temen por sus puestos de trabajo, no deberían olvidar que la prolongación de la maternidad a cargo de los poderes públicos fue una de las primeras reivindicaciones históricas del sindicato polaco *Solidarnosc*, en los tiempos de su lucha antidictatorial y democratizadora. Y una de las primeras que “se cayó del programa”, por cierto. Entre otras cosas porque defender esa prolongación no significa disminuir esos puestos de trabajo, sino aumentarlos, especializarlos, dotarlos de contenido de futuro de cara a los niños y familias en mayor riesgo social, psicosocial o psicológico.

Hemos ido acumulando, pues, datos y argumentos sociales y psicosociales que, dos siglos después de la reivindicación de las guarderías, y unos decenios después del movimiento de las “escuelas infantiles”, “escuelas para la primera infancia” y similares, pa-

recen inclinar la balanza en sentido contrario. Esos *contraargumentos sociales* en resumen serían los siguientes: la disminución de los costes sociales para cuidar a esos niños; la disminución del paro, ya que parte de esas libranzas por maternidad y paternidad serían cubiertas por personal en paro y, por otro lado, la auto-organización de algunos de esos padres y madres para cuidar a niños significaría nuevos puestos de trabajo temporales. Argumentos no despreciables son también la posible mejoría en la formación global de las trabajadoras y trabajadores en general: disponer de períodos de tiempo de sustitución a las madres/padres más largos, mejoraría la formación y adaptación al puesto de trabajo de las/los substitutos, con beneficios para las empresas y para ellos mismos. Mucho más si se pusieran en marcha sistemas de acompañamiento terapéutico, y voluntarios terapéuticos para familias y bebés en riesgo, así como programas de cuidados a domicilio, cuidados grupales de los niños, *e-Education*, auto-organización. Sin olvidar que, al disminuir las enfermedades del niño (del Castillo et al, 2009), y las bajas laborales y “enfermedades inventadas” de las madres y los padres, se liberarían capacidades creativas: primero, para cuidar al bebé; luego, para cuidar el trabajo. Además los hombres se encontrarían casi obligados a cuidar a sus propios hijos (pues pocas mujeres de clase media aceptarían retirarse del trabajo dos o tres años sin compartirlo con sus parejas) y con ello se ayudaría seriamente a acelerar el ocaso de la ideología machista.

Se trata de una serie de contraargumentos sociales y psicosociales de importancia en este asunto. Pero el argumento fundamental es que el eslogan de “guarderías para todos” está lejos de cumplirse incluso en los países más ricos del planeta y con más servicios sociales. Entre otras cosas porque ni siquiera en ellos es posible cumplir los criterios de calidad mínimos (un cuidador personalizado por cada tres bebés y un cuidador cada 5-6 niños menores de 6 años).

Parece que en este campo, como en otros muchos, la globalización está llevando a una situación en la cual hemos de poner en cuarentena la *ideología tecnificadora, profesionalizadora, medicalizadora* que ha ido dominando en los países desarrollados. Hoy sólo es posible mantenerla y mantener nuestro “crecimiento económico” a base de guerras, explotación y miseria para el resto del planeta. En realidad, la globalización está llevando inexorablemente a un cierto decrecimiento

del dominio económico y político de esos países (los nuestros). Una de las bases para un *decrecimiento sostenible* es la *desprofesionalización sostenible*, y la implantación, también en nuestros países, de una organización social menos profesionalizadora y derrochadora, y más orientado por alguna forma de comunitarismo, de autonomía personal, familiar y microgrupal en los cuidados colectivos y sociales.

Es decir: *a nivel social*, un mínimo de dos años de libranza laboral por maternidad/paternidad compartidas libremente por los padres no suponen forzosamente una catástrofe económica, ni para esos padres, ni para la sociedad, máxime si tenemos en cuenta el conjunto de argumentos que vamos a seguir desgranando. El eslogan, si es que hay que pergeñar alguno, podría pues cambiar en el sentido de la *desprofesionalización sostenible* y el *decrecimiento sostenible*: Se trataría de pasar de *Guarderías para todos a Guarderías para los que las quieran y necesiten. Más tiempo con los hijos, para todos.*

Notas

1. <http://mastiempoconloshijos.blogspot.com/>
2. Naturalmente hablo, a lo largo de este trabajo, de familias e individuos medios, y en este momento, de familias e individuos de los países “desarrollados” del planeta. Es evidente que hay una legión de sinrazones sociológicas (como los abusos, situaciones de opresión y de inferioridad de la mujer, etc.), psicológicas (como la inmadurez, el retraso cognitivo, la psicopatología) y biológicas (como algunos problemas reproductivos y/o de la anticoncepción y su difusión social) que impiden aún, para muchos hombres y mujeres del planeta, el ejercicio libre de esa libertad de tener o no tener hijos.

Bibliografía

Para evitar repeticiones, la bibliografía elemental del mismo se publicará con la segunda parte de este trabajo.

Crianza de los hijos y actividad laboral: ¿Cómo aproximarnos hacia la necesaria conciliación? (I Parte)

Tabla 1. Funciones parentales en la familia* en nuestra cultura, desde el punto de vista psicológico. (Tomada de Tizón, 2010)

	Aspectos	Concepto-Resumen
1. Cuidado y sustento corporales básicos	<ul style="list-style-type: none"> • Provisión de alimento, vestido, refugio, ternura, etc. 	“Urdimbre afectiva” Y Función de diada (madre-hijo)
2. Funciones (emocionales) introyectivas y proyectivas que están en la base de la mentalización y el pensamiento	<ul style="list-style-type: none"> • Amor-ternura predominando sobre desconfianza y odio • Esperanza predominando sobre desesperanza • Confianza predominando sobre desconfianza • Contención-rêverie** predominando sobre incontinencia 	
3. Proporcionar las bases para la relación sujeto - objeto externa e interna	<ul style="list-style-type: none"> • Creación del OBJETO • Creación del SUJETO • Creación del ESPACIO MENTAL 	
4. Funciones de límites y contención	<ul style="list-style-type: none"> • Capacidad de integrar límites • Tolerancia a la espera y la frustración • Capacidad de pensar 	TRIANGULACIÓN ORIGINARIA: madre-hijo-padre (Complejo de Edipo)
5. Organización y desarrollo del super-yo	<ul style="list-style-type: none"> • Conciencia moral. Pulsiones versus sociedad: <ul style="list-style-type: none"> . moral, motivación, premios, logros . objetivos, valores, lealtades . formas de apoyo en crisis familiares y sociales • Ideal del yo 	
6. Identidades psicosociales fundamentales	<ul style="list-style-type: none"> • En la psicosexualidad • En la agresividad-destructividad • En el conocimiento • En los procesos de duelo ante las pérdidas afectivas 	
7. Modelos de relación con el exterior	<ul style="list-style-type: none"> • Perspectiva socio-conductual: Familia estructurada, desestructurada, “en reversión”, sobreimplificada o aglutinada, subimplificada, ansiosa-tensa, etc. • Perspectiva psicoanalítica: Familia de pareja básica, matriarcal, patriarcal, “banda de chicos”, “casa de muñecas”, “en reversión”, etc. 	Las relaciones interior-exterior de la familia como “célula básica” de la sociedad.
8. Modelos para el aprendizaje	<ul style="list-style-type: none"> • En especial, el aprendizaje placer-curiosidadjuego versus • el aprendizaje obligación-acumulación-sufrimiento-robo. 	El aprendizaje como resultado cognitivo-emotivo-relacional

* Que deben repartirse en cada familia y diada entre la figura masculina y femenina o entre el cuidador principal y (al menos) un cuidador secundario.

(** Rêverie: capacidad de empatía con el bebé y el niño y de sentir, pensar y fantasear con él y por él).

Tabla 2. Cambios y variables sociodemográficas que están afectando de forma significativa la estructura familiar. (Derivada de Nogués, 1995).

VARIABLES	EVOLUCIÓN Y CONSECUENCIAS SOBRE LAS RELACIONES FAMILIARES
<ul style="list-style-type: none"> • Alargamiento de la esperanza de vida: en un siglo se ha doblado (de 40 a 80 años) 	<ul style="list-style-type: none"> • Se alarga la vida en común de la pareja y la familia (de 10 a 40 años).
<ul style="list-style-type: none"> • Drástica reducción de la carga reproductora femenina (desde 20 años: 7 hijos y 3 años por hijo, a 5 años: 2 o 3 hijos y 1,5 años por hijo) 	<ul style="list-style-type: none"> • Disponibilidad sexual amplia sin relación con la reproducción: aumento de la valoración de la sexualidad y el amor como fundamento de la pareja y la familia. • Pérdida del carácter religioso atribuido a la sexualidad y la familia. • Emergencia de la mitad de la humanidad: las mujeres con disponibilidad social aparecen como individuos plenamente humanos.
<ul style="list-style-type: none"> • Ruptura de la endogamia 	<ul style="list-style-type: none"> • Interculturalidad, mayor libertad y vulnerabilidad en las normas familiares.
<ul style="list-style-type: none"> • Aparición y predominio de la familia nuclear reducida y de otros tipos (sociales) de familia, por el contrario de la familia patriarcal clásica. 	<ul style="list-style-type: none"> • Debilitamiento del aspecto institucional de la familia: <ul style="list-style-type: none"> ◦ El vínculo es menor fuerte (aparece la “monogamia sucesiva”) ◦ o se prefiere no institucionalizarlo
<ul style="list-style-type: none"> • Desequilibrios entre los géneros: en algunos países (China), déficit de mujeres; en gran parte de los países occidentales, predominio de mujeres (mayores con edades mayores). 	<ul style="list-style-type: none"> • Nuevos modelos de relación intergeneración e intrageneración, nuevos modelos de familia, nuevos modelos de filiación...
<p>Consecuencia general: “La gente se casa menos y más tarde. Se divorcia antes. Se tienen menos hijos y se los engendra en edad más madura y, después de un divorcio, las personas se vuelven a casar en menos ocasiones” (L. Rousel 1989).</p>	